



La liebre y la tortuga

De nada sirve correr; es mejor llegar a tiempo. Así nos lo demuestran la liebre y la tortuga.

"Apostemos, dijo la tortuga, a que no llegarás a ese árbol antes que yo..."

"¿Qué no llegaré? ¿Estás loca?, replicó la liebre burlona. Tendrás que purgarte antes de empezar la carrera".

"Loca o no te sostengo la apuesta".

Así se hizo y las dos dejaron junto al árbol lo apostado. (No importa saber lo que se jugaron ni tampoco quién fue el juez de la contienda).

Nuestra liebre no tenía que dar más que cuatro saltos, digo cuatro porque yo he visto los saltos desesperados que dan las liebres cuando son perseguidas por los perros de los cazadores a quienes hacen atravesar montes y praderas, hasta perderlos de vista.

Así que, como tenía tiempo de sobra para comer, descansar y dormir, dejó que la tortuga se adelantara con su paso lento.

La tortuga avanzó esforzándose lo más que pudo en su torpe andar.

La liebre, sin embargo, desdeñosa despreció una fácil victoria, dándole la ventaja a su competidora, así que demoró la salida. Comió hierba fresca, descansó y se entretuvo en cualquier cosa olvidándose de su compañera.

De pronto advirtió que la tortuga ya casi llegaba a la meta.

Corrió como una flecha, pero sus esfuerzos fueron vanos: la tortuga llegó primero.

"Pues bien, le dijo ella: ¿Tenía o no tenía razón? ¿De qué te sirve tu agilidad? ¡Vencida por mí! ¿Qué sería de ti si llevaras, como yo, la cas a cuestas?"

Jean de la Fontaine